

CÉSAR

AIRA

LA GUERRA
DE LOS
GIMNASIOS

emecé



CÉSAR AIRA

La guerra de los gimnasios



emecé

Aira, César

La guerra de los gimnasios / César Aira. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2022.
168 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-950-04-4121-6

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 1993, César Aira

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Emecé®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

1ª edición: abril de 2022

2.000 ejemplares

ISBN 978-950-04-4121-6

Impreso en Master Graf S.A.,

Mariano Moreno 4794, Munro, Pcia. de Buenos Aires,

en el mes de marzo de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o
por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,
digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

En medio de la guerra de gimnasios de Flores, en una fase en la que el gimnasio Chin Fú estaba llevando la peor parte, cayó a este alguien con el inocente propósito personal de mejorar su aspecto físico. No porque lo necesitara visiblemente: era un muchacho de unos veinte años, un rubio de aspecto corriente, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni lindo ni feo. Se llamaba Ferdie Calvino. Lo que quería, le dijo a Mary, la recepcionista, después de llenar la ficha y pagar la matrícula, y lo que minutos después le repitió a Julio, el instructor de turno a esa hora, era perfeccionar su cuerpo de modo que provocara «miedo a los hombres y deseo a las mujeres». Así de simples eran sus intenciones.

El primer piso del Chin Fú, en el que Ferdie entraba por primera vez, era un salón oblongo lleno de aparatos nautilus de todas las formas imaginables. La vista se perdía en esa jungla metálica; al recién llegado le parecía mucho más grande de lo que era

en realidad. Aquí y allá un cuerpo humano resoplaba y gemía enganchado a las poleas: el golpeteo sordo de las pesas marcaba el ritmo. No había mucha gente; la primera impresión era de vacío. Un círculo de hombres jóvenes en buzos y shorts charlaba en un claro de máquinas hacia la mitad del salón. Al fondo, muy lejana, una pared de vidrio que daba a una terraza se estaba iluminando con una magnífica puesta de sol.

Ferdie se cambió en el vestuario vacío y volvió. Julio estaba mirando su ficha.

—Dejalo ahí —dijo señalando vagamente un rincón; Ferdie traía el bolso con la ropa, porque no tenía candado para dejarlo en un cofre.

Charlaron un momento de antecedentes, hábitos, horarios y expectativas. Fue entonces que Ferdie repitió su pequeña frase. El profesor no hizo comentarios. Acto seguido lo hizo subir a una de las bicicletas fijas; le puso un electrodo en el lóbulo de la oreja, otro en el cuello de la camiseta, y lo ayudó a meter los pies en los estribos de los pedales. Le explicó sumariamente cómo funcionaba, y la puso en marcha: los números se encendían al tocar con la punta del dedo las pequeñas pantallas. El tablero comenzó a parpadear y los números a correr. En unos segundos, Ferdie ya se sentía como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. La resistencia de los pedales iba cambiando al superar

determinados números: cien, doscientos, trescientos. Era como avanzar contra un viento que creciera.

Se lo comentó al instructor, que se había quedado a su lado.

—No hables —le respondió. No lo decía de mala manera: era una regla de conveniencia durante los ejercicios, y a Ferdie le gustó que se lo dijera. De ese modo, todo quedaba implícito. El gesto tranquilo y cortés de Julio así lo indicaba. Tras un instante de silencio agregó: —Lo importante es lo que pasa en tu sistema sin que te des cuenta.

De modo que no era un viento en contra, pensó el alumno. No era una metáfora. Era lo implícito de los sistemas, y estaba sucediendo mientras tanto, en ese mismo momento en el que no sucedía nada. Era realidad pura. El maestro lo confirmó con una mirada al tablero, le recomendó que mantuviera el ritmo lo más cerca posible del 50, y se apartó. Fue al bar, que estaba a la derecha, y se puso a conversar con el lavacopas. Hablaban en voz alta, normal, pero Ferdie, a tres metros de distancia, no oía nada. Una chica de malla fucsia entró al vallado donde estaban las bicicletas; trepó a un balancín y empezó a columpiarse. Otra, de malla negra, fue a tomar agua a la máquina que había junto al bar, y después intervino en la charla de Julio y el lavacopas. Como antes, no se oía palabra.

A pesar de los ruidos y las voces y la música, había una especie de gran silencio. El corazón de Ferdie, que pedaleaba sostenidamente, comenzó a trabajar. Su mirada se perdía en las diez mil varas de metal verde cruzadas de travesaños que ocupaban todo el largo del salón frente a él, con un mazo de pesas subiendo y bajando aquí y allá. Al fondo, los vidrios, y al otro lado la terraza y el cielo, el sol poniente en medio de un rosa sin destino. Adentro estaban encendidos los tubos blancos en el techo, pero a esa hora la luz del crepúsculo entraba en una horizontal perfecta hasta el fondo y anulaba el flúor.

—Bzzzz, bzzzz.

La luz era el viento que le daba a Ferdie en la cara y lo clavaba en su sitio. ¿Adónde daba esa terraza? A la nada, evidentemente. Lo confundía un poco que el interior tuviera esta orientación este-oeste, cuando desde afuera habría podido jurar que era más bien norte-sur. La escalera al primer piso debía de tener un giro que lo trastornaba todo. Contribuía a la extrañeza sobrehumana de este lugar. Y no era que los edificios de la manzana le fueran desconocidos, todo lo contrario. Había pasado su infancia en la torre de la calle Yermal justo atrás del Chin Fú, en un departamento del contrafrente desde el que veía los techos de lo que después fue el gimnasio. Desde esa terraza, pensó,

podría ver el balcón donde había pasado tantos años jugando con sus autitos. Se prometió ir a ver cuando terminara con la bicicleta. Además, había hecho toda la primaria en la escuela de la esquina, pegada al Chin Fútbol... Salvo que no debía de estar tan pegada, si la orientación tenía noventa grados de diferencia.

El tiempo estuvo inmóvil unos minutos. En lugar de ponerse, el sol pareció acomodarse en un punto central, y avanzar un poco. Dos siluetas oscuras se dibujaron a media altura tras los vidrios del fondo, a contraluz. Se diría que flotaban en el aire, ilusión a la que contribuía su movilidad excesiva. Eran dos hombres, con los brazos y las piernas abiertos y agitando con un temblor ajeno a la gravedad; daban la exacta impresión de dos cuerpos en caída libre vistos justo desde abajo, espejismo por completo injustificado porque Ferdie los veía en una paralela al piso.

Fue un segundo. Atravesaron los vidrios haciéndolos estallar en mil fragmentos luminosos que bailotearon en el estruendo antes de caer. Dos o tres gimnastas en los nautilus del fondo quedaron bañados en el polvillo cortante. Los intrusos ya estaban colgados de los travesaños de las últimas máquinas, sobre los que se pararon tras una flexión prodigiosa en la que fue como si se reintrodujeran en las dimensiones mundanas. Allí los tubos fluorescentes del techo

contrarrestaron el sol del fondo y Ferdie pudo verles las caras. Eran dos orientales sin expresión alguna, vestidos con remeras y pantalones largos de nylon negro. Antes le había parecido que esos travesaños estaban a pocos centímetros del techo, pero no debía de ser así para que los dos sujetos estuvieran cómodamente parados encima. Salvo que fueran homúnculos de un palmo de altura, que era como se los veía desde la bicicleta; pero en ese caso no habría distinguido sus rasgos con tanta claridad. Soltaron unos gritos agudos, con seguridad palabras en otro idioma, y cambiaron dos o tres veces de postura. Ya se habían arrojado al piso, apoyaban espalda contra espalda alzando los brazos y volvían a gritar. Julio se había puesto en movimiento desde el momento de la rotura de los vidrios, pero en dirección opuesta al desastre. Al primero que se dirigió fue a Ferdie, por ser nuevo:

—No pierdas el ritmo. —Echó una mirada a los cuadrantes, cuyos números se habían revolucionado por la sorpresa, y no hizo comentarios. Después se plantó frente a los balanceos de la chica de fucsia: —Los músculos de la pantorrilla son tres, seis, nueve... —Inició una complicada explicación. Estaba tranquilo, pero de él emanaban ondas de potencia, como en una batalla unipersonal.